

—¡Vamos, que me peinen... que me vistan!... ¡Mis sortijas... mis alhajas... mi vestido de brocado y mis encajes!... ¡Que no falten los polvos en la peluca de mis lacayos, Fournier, me habeis oído, y que no haya un átomo de polvo en mi landó!

—¡Vamos á ver al emperador?—dijo el señor Fournier con una sonrisa de incredulidad.

La señorita de la Rigaudie se encogió de hombros:

—¡El emperador! ¡Valiente cosa me importa á mi el emperador!

Luego miró á Fournier y, con acento algo extraño, imperativo y conmovido al mismo tiempo añadió:

—Vamos á la calle de Postas, Fournier, á casa del señor Sylvan Chambaraud, ex-miembro de la Convención nacional!

X

El secreto de Chambaraud.

Treinta años antes de 1809 existía en Solignac la linda aldea limosina de la cual llevaba el nombre el coronel, un modesto propietario de profunda inteligencia y de una energía á toda prueba, que vivía solo con su madre y un colono, al que consideraba más como amigo que como servidor. Era un joven ardiente, dispuesto á inflamarse al soplo que ya empezaba á elevarse, como brisa de libertad que amenazaba llegar á huracan.

Era instruido y cada día deseaba serlo más. Leía á Rousseau, Mably, Voltaire, Diderot y el cura, buen latinista, que en otro tiempo le había enseñado á traducir el latin, solía decir: El señor Sylvan sabe más que yo.

Sylvan Chambaraud no creía que una gran ciencia fuese impedimento para entregarse á los trabajos de la tierra. No era muy rico, pero tenía los suficientes bienes para vivir su madre y él desahogadamente, sobre todo, aprovechando lo que había aprendido para desarrollar en

aquel rincón del Limosin, la agricultura, que es una de las riquezas de la Francia.

Sylvan Chambaraud tenía un hermano mayor llamado German que abandonó el país, haciéndose marino. No volvieron á tener noticias de él hasta que fué á confiar á Sylvan á su hija Teresa.

La madre de los dos Chambaraud era buena, piadosa, honrada, viuda hacía mucho tiempo y orgullosa de sus hijos; pero sobre todo, de Sylvan, á quien los aldeanos querían y admiraban, consultándole y escuchándole como á un oráculo.

Por Sylvan Chambaraud, Plantade, el colono, se hubiera dejado destrozar el cráneo sin vacilar, y en Solignac todos pensaban lo mismo que Plantade.

Querido de aquel modo, seguro del porvenir en unos tiempos en que la lucha por la vida era tan terrible. Sylvan Chambaraud, ¿era feliz? Sin duda lo hubiera sido si en el mismo Solignac no se hubiese elevado un castillo y si detrás de sus paredes no hubiese vivido, encantadora, orgullosa é irresistiblemente bella, una joven en la cual aquel hijo de aldeanos se había atrevido, pobre loco, á fijar sus ojos dejando que volaran hácia ella sus sueños.

Del castillo de Solignac no queda hoy día huella alguna, y no faltará quien sostenga que no ha existido nunca. Lo cierto es que la abadía de Saint-Pierre, en donde San Eloy, que la fundó, había colocado como abad á un devoto personaje llamado Rémacle, obispo de Maestrich,

que también figura en la leyenda de los santos, y del que conservaban en Solignac uno de los brazos enviado por los monjes de Stavela, sin contar el cuerpo de San Marcial, patrón de Limoges, á quien trasladaron allí por poco tiempo, aquella abadía de Solignac, que contaba con dos santos entre sus abades, se ha transformado desde hace muchos años en una fábrica de porcelana.

Ahora caldean los hornos el lugar en que antes se elevaban las plegarias y salmos de los benedictinos. La revolución ha arrojado para siempre á los frailes, reemplazándoles por obreros.

Respecto al castillo, sus piedras han ido á reunirse desde hace ochenta años con los guijarros del Briance, que corre por Solignac lindo y pintoresco, como todos los claros ríos del Limosin.

En aquel castillo habitaba en 1780 la señorita Rosa Emma de la Rigaudié. Como Chambaraud, había perdido á su padre, hombre elegante, de talento, escéptico y seductor, que había comunicado á su hija algo de su carácter volteriano y de su valor.

Allí vivía casi en clausura, con la marquesa viuda de la Rigaudié, cuya rigidez llegaba muy amenudo á la dureza. De bastante edad, aunque su hija no tenía más que veinte años, la señora de la Rigaudié estaba medio paralítica, por cuya razón, dejaba el cuidado de vigilar á su servidumbre, administrar sus bienes y hacer prosperar sus intereses á un intendente que la gus-

taba por su severidad. Era uno de esos hombres que nacidos del pueblo, se complacen en oprimirlo, como si creyesen elevarse tiranizándolo.

Este hombre, cuyo nombre en realidad poco importa, se llamaba Boussac.

En el país, Boussac era la antítesis de Chambaraud. Había tenido el arte de hacerse aborrecer, como Sylvan había hallado, sin buscarlo, el secreto de hacerse amar. A pesar de los esfuerzos hechos por Turgot, de la supresión de los servicios y la disminución de los impuestos en el Limosin, estos impuestos eran muy pesados aun para los pobres, y el señor Boussac inventaba medios de hacerlos más gravosos todavía. A la espantosa miseria que asolaba tan amenudo las provincias de Francia, él añadía su implacable dureza.

Una mala cosecha era entonces una completa ruina. En el país limosino la sequía perjudicó una vez á sesenta mil habitantes de los alrededores de Limoges, y los tenían que recoger por los caminos muertos de hambre, con un puñado de yerbas entre los dientes.

Muy amenudo el intendente ayudaba al hambre ó la reemplazaba, haciendo meter en la cárcel á los pobres diablos que no podían pagar el precio de sus arrendamientos, y cuando la señorita de la Rigaudie, buena y compasiva, se interponía suplicando á su madre no fuera tan terriblemente dura:

—No puedo gobernar—contestaba Boussac,—si la señora marquesa me impone lo haga con piedad. Sé que Enrique IV, el bearnés, decía

que se cogen más moscas con una cucharada de miel que con un tonel de vinagre; pero aquí no se trata de miel ni de vinagre, sino de ser firme y hacer pronta justicia.

Entonces la señora de Rigaudie replicaba á su hija:

—Boussac tiene razón. Dejad que haga Boussac lo que le parezca y ocupáos de vuestros asuntos. Id á estudiar la música de Rameau; las mujeres no sirven para administrar sus bienes.

La señorita de la Rigaudie debía, dar más adelante, un mentís á las palabras de su madre; pero, por el momento, obedecía, y aunque de mala gana se inclinaba ante la voluntad materna.

Sin embargo, era ya valiente, enérgica y resuelta. Veíase muchas veces, á caballo bajo los grandes castaños de los bosques, espoleando su cabalgadura, ansiosa de aire libre, recreándose en las bellezas de la naturaleza y con sus largos cabellos rubios llenándose de gotas de rocío que hacia caer de las ramas con su látigo.

De aquel modo la había visto Sylvan Chambaraud la primera vez; otro día, habiéndose desbocado el caballo de la joven cuando estaba él leyendo el arte poética de Horacio debajo de un árbol, arrojó el libro lejos de sí, corrió hacia ella y cogiendo el bocado del caballo, con su robusta mano, obligó al animal á detenerse, mientras Rosa Emma, risueña aunque algo pálida, bajaba de su cabalgadura y alargando la mano al joven, le dijo:

—¡Me habeis salvado la vida!

Aquella presion de los dedos de Rosa-Emma, habia embriagado al joven. ¡Qué desconocida emocion habia sentido! ¡Qué recuerdo habia conservado de aquel momento! ¡Algunos años despues, aun experimentaba aquella misma sensacion bajo los grandes arboles misteriosos y llenos de sombra!

La señorita de la Rigaudie era más activa que soñadora. Pasaba su vida llevando de choza en choza socorros que aliviaban á los que el intendente Boussac arruinaba; pero cuando se hallaba sola en el castillo, no podia menos de pensar, casi á pesar suyo, en aquel jóven de altivo rostro, de ojos francos y mano ruda, á quien—y esta idea le era agradable—debía la vida.

Ella tambien, aislada y silenciosa, soñaba; pero todo aquello era fugitivo y pronto desechaba proyectos imposibles.

La madre de Chambaraud, mientras tanto, decía á su hijo:

—¡Estás pálido y delgado; los libros van á matarte, Sylvan!

Y Plantade murmuraba al oído de su amo:

—¡Tened cuidado; es preciso no mirar á las montañas demasiado altas, porque se apodera del vértigo de uno.

Chambaraud no tenia el vértigo, pero amaba á la señorita de la Rigaudie. Ni aún trataba de dominar el sentimiento que se habia apoderado de él. La locura misma de aquel sueño le agradaba.

—¡Nunca sabrá mi secreto!—se decía.—¡Luego no importa! Y yo soy feliz con su imagen y su recuerdo.

El único acontecimiento que pudiese acercar á aquel hombre y aquella joven, llegó á suceder. La mano de hierro de Boussac fué tan pesada al fin, que exasperó á los que apretaba. La gente de Solignac se rebeló, y, para llegar á Boussac, la emprendieron con el castillo. Los religiosos de Saint-Pierre de Solignac trataron al principio de interponerse; pero, asustados, se encerraron en su abadía por orden de don Antonio Vergne, su prior. ¿De qué se trataba, en efecto? Nada menos que de quemar el castillo. Aun antes de los años de la Revolución, la carestía y escasez de cereales producía motines.

Mientras que Boussac escapaba, á través de los campos, hácia Limoges, adonde iba á reclamar los auxilios de la guardia nacional la señorita de la Rigaudie se halló sola ante la multitud. La servidumbre del castillo temblaba, y la señora de la Rigaudie, completamente parálitica, no podía ni hacer frente á los aldeanos, ni tratar de calmarlos.

—¡Yo os defenderé, madre mia—dijo enérgicamente Rosa-Emma,—y maldiciendo al miserable que nos ha creado tanto odio, voy á hablar á los que su crueldad ha sublevado!

Presentóse entonces ante aquella furiosa muchedumbre, que no la hizo temblar. Pero, por una de esas equivocaciones terribles tan comunes en aquellos días de turbulencias, sucedió que los aldeanos creyeron que la señorita de la Rigaudie no trataba de apaciguarlos, sino de desafiarlos. Una ráfaga de ira pasó por aquellas frentes curtidas y un brillo feroz iluminó aque-

llos ojos estúpidos. Exasperados, los revoltosos se precipitaron sobre ella y algunos lanzaron gritos siniestros. La palabra feroz de esas horas de ira brotó entre la multitud como un livido relámpago brota de un negro nubarrón: *¡Colguémosla!*

Los crímenes anónimos siempre tienen un autor oculto. Suele ser este algún carácter envidioso que, sabiendo que es desconocido, tiene de repente, por decirlo así, la franqueza de su cobardía. Enloquecidos por el miserable que arrojó primero el terrible grito, aldeanos y mujeres habían cogido ya por las muñecas á la señorita de la Rigaudie, cuando se presentó Sylvan Chambaraud seguido de Plantade y se arrojó entre los más furiosos.

Su intervencion bastó, sinó para calmar el motin, á lo menos para salvar á la joven. Por mucho que fuera su valor, Rosa-Emma, enérgica mientras duró el peligro, sufrió una reaccion natural en cuanto se vió salvada. Plantade y Chambaraud la llevaron desmayada á la quinta en que habitaban. Luego Sylvan volvió al castillo, queriendo proteger también á la marquesa, como había protegido á la señorita de la Rigaudie.

La tempestad se había ido calmando y los aldeanos esparcidos por el castillo se contentaban con saquear las bodegas sin tratar de vengarse en la castellana. La anciana paralítica, pálida y sombría, metida en un sillón de ruedas, escuchaba aquellos ruidos de tormenta y se decía que si su esposo, el noble señor Juan Leonard,

marqués de la Rigaudié, hubiese vivido, pronto hubiera dado buena cuenta de toda aquella canalla.

Después de haberse asegurado de que la marquesa no corría riesgo alguno y de haberla dejado confiada á la guarda de unos honrados aldeanos á quienes él conocía, Chambaraud se volvió á su casa.

Había llegado la noche y en el camino encontró á Plantade que le dió noticias de la señorita de la Rigaudié. La conmocion había sido muy fuerte para la jóven y había tenido que acostarse.

Chambaraud sintió oprimido su corazón. Rosa sufría y él hubiese dado su vida por evitarle el menor dolor.

Convencido de que la señorita de la Rigaudié estaría en el cuarto de su madre, entró, escuchó á la puerta y no oyendo ruido alguno:

—Duerme—se dijo.

Y se alejó de puntillas.

—¡Pasaré la noche en el cuarto de la granjera!

Sabía que aquel cuarto estaba vacío, porque hacía algunos días que la granjera se había marchado á Sauviat.

Chambaraud entró, por consiguiente, sin cuidado alguno en aquella habitacion. Contaba descansar allí un momento, echándose vestido en la cama.

La noche podía ser peligrosa todavía para la señorita de la Rigaudie ó para la aldea.

Pero al entrar en el cuarto, medio alumbrado